

CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana, nº 17, año 2000, págs. 297-302, ISSN 1514-9935

Ponte, Jorge Ricardo, **La fragilidad de la memoria. Representaciones, prensa y poder de una ciudad latinoamericana en tiempos del modernismo. Mendoza, 1885/1910.** Mendoza, Ed. Fundación CRICYT, 1999,450 p.

Se trata de un importante volumen. Comprende una introducción, ocho capítulos y un epílogo. A través de ellos el lector se introduce hasta quedar involucrado en el juego de representaciones, de tensiones, conflictos y transformaciones en medio de los cuales se gestó la "Mendoza moderna" en el período que va desde 1885 a 1910.

Se trata de un texto extenso. Esto, desde el punto de vista del lector, tiene sus ventajas y sus desventajas. En efecto, la extensión misma podría considerarse como una desventaja en estos tiempos en los que predomina la comunicación a través de la sucesión de imágenes y se suprimen los espacios navegando en la red. Sin embargo, la extensión del libro que tenemos entre manos es consecuencia necesaria de un trabajo minucioso y paciente de documentación a través del cual Ricardo Ponte ha *deconstruido* las relaciones de poder, los conflictos de ideas y valores, las transformaciones de la vida urbana, social y política en cuyo seno se configuró la representación de la ciudad "linda y limpia" que aún perdura en el imaginario colectivo. Esta compleja tarea de sistematización y organización de documentación, de la que da cuenta el libro, es una de sus ventajas, tanto para el estudioso o investigador de estos temas, como para el curioso o inquieto por profundizar en el conocimiento de nuestro

pasado. Con la ventaja adicional de que el acceso a la problemática general del libro puede realizarse desde cualquiera de sus capítulos, ya que cada uno de ellos muestra desde una arista específica el conjunto de la problemática e invita a continuarla desde otra de sus aristas.

Si tuviéramos que definir el objeto sometido a análisis diríamos que es *Mendoza, la ciudad*; pero no se trata -al menos no como instancia única o primera- de la ciudad como lugar o espacio geográfico. En este sentido cabe traer a colación el texto con que el autor introduce el capítulo segundo, es un párrafo tomado del libro de Henri Lefebvre, *Espacio y política*, que dice:

"Si bien el espacio tiene un aspecto neutro, indiferente con respecto al contenido, por tanto "puramente formal" abstraído de una abstracción racional, es precisamente porque ya está ocupado, acondicionado, porque ya es objeto de estrategias antiguas, de las que no siempre se consigue encontrar huellas. El espacio ha sido formado, modelado, a partir de elementos históricos o naturales, pero siempre políticamente. ... porque este espacio que parece homogéneo, hecho de una sola pieza dentro de su objetividad, en su forma pura, tal como lo constatamos es un producto social".

Se trata, por tanto, no del espacio en bruto de la ciudad, sino de las representaciones sociales de la ciudad, es decir del "conjunto de informaciones, de creencias, de opiniones y de actitudes" a propósito de la ciudad, así como de las luchas de poder que a través de esas representaciones se ponen en juego; ya que, según la teoría de las representaciones, las opiniones que los individuos y los grupos tiene acerca de un objeto -en este caso la ciudad- es también una manera de construir ese objeto, de determinarlo. Por otra parte, dado que estas representaciones no son necesariamente congruentes, la ciudad deviene escenario de las luchas entre representaciones de diferentes grupos sociales. Los grupos en disputa, puestos bajo la lupa en este caso, son dos fracciones al interior de la élite local: la que detenta el poder político durante el período en cuestión, encabezada por la figura de Emilio Civit, y aquella que se ve desplazada del poder y ejerce la oposición política a través del diario *Los Andes*, que había pertenecido a la misma familia desde su fundación, en 1882, por Adolfo Calle. Este último grupo elitario actúa como conservador de la representación social históricamente conformada, mientras que el mencionado en primer lugar, más dinámico,

cuestiona la validez de la representación vigente y pretende transformarla. Las representaciones de los sectores populares son ocasionalmente vehiculizadas por la prensa local; pero estos sectores son aludidos como *los otros*, a quienes hay que disciplinar o proteger según el caso, ya que son considerados en situación de minoridad o incapacidad para el manejo de la cosa pública.

La prensa se revela como el *lugar de la argumentación* para las fracciones en pugna. Antes de la creación del Boletín Oficial -señala Ponte- se había hecho costumbre la existencia de un diario que reflejara la opinión del gobierno de turno, que publicara los edictos y decretos, además de hacer la publicidad de los actos de gobierno, lo que constituía su verdadero sostén. Estos periódicos -que integran el *corpus* documental con que trabaja el autor- fueron entre otros *El Constitucional*, *El Ferrocarril*, *El Debate*, *El Diario*. *Los Andes* se mantiene como periódico opositor, denuncia los aspectos no atendidos por la política oficial y descrece sistemáticamente de los proyectos de Emilio Civit. Razón por la cual Ponte lo considera como periódico-eje del *corpus* documental desde la perspectiva de la lucha de representaciones a través de la prensa. Cabe señalar que la prensa es elegida como principal fuente documental precisamente por su doble carácter de producto y productora de la incipiente modernidad. A ella se suman otros documentos oficiales censos, informes, memorias, reglamentos, discursos - y no oficiales - testimonios, libros y escritos varios- que permiten recoger una rica y variada gama de voces en conflicto dentro del universo discursivo de la época.

"La Mendoza moderna comienza a nacer -dice Ponte- en el mismo momento en que el terremoto de 1861 destruyó la ciudad colonial... El hecho de estar reconstruyéndose, en tiempos del arribo de las nuevas ideas modernistas, le permitió antes que a otras ciudades argentinas expresar el nivel de expectativas de una ciudad moderna" (p. 99 - 100). Ejemplo de ello es que la vida social de la ciudad se organiza no en torno a una plaza como sucedía con las ciudades de antigua fundación, sino a lo largo de una calle. Esta solución urbanística, que se consolidó hacia fines del siglo XIX y principios del XX, fue la resultante de una larga lucha entre la *ciudad vieja* y la *ciudad nueva*. Con ello quedaba plasmado en Mendoza un modelo urbanístico que era incipiente en otras ciudades que constituían referencias modélicas, como son los casos de París y Buenos Aires.

La epidemia de cólera que se desató en el verano de 1886/87 constituyó un detonante que marcó la divisoria de los dos grupos de la élite dirigente respecto del modo de gestionar el aparato provincial. Además, la epidemia puso en evidencia el "problema" de los sectores populares. A partir del terremoto las condiciones materiales de estos sectores habían empeorado progresivamente. Se sumaban los problemas de higiene, de alojamiento, de educación, de trabajo, de "vagancia e inmoralidad". Se hizo evidente en el ámbito local que el *progreso*, propugnado y exaltado por el modelo económico-social impulsado a nivel nacional, no incluía el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares, como queda demostrado al revisar la asignación de los recursos públicos.

Por otra parte, Ponte destaca un rasgo utópico del proyecto de Civit para Mendoza. En efecto, como otros políticos de la generación del '80, Civit participó de la utopía civilizatoria del orden y el progreso. Para el caso de Mendoza, una región con clima semidesértico, escasas precipitaciones pluviales y plantas xerófilas como vegetación natural, dicha utopía se tradujo en la práctica en el principio: *civilizar es plantar*. Es decir, enfrentar la naturaleza y dominarla mediante el recurso de la diversificación de la red hídrica. Nada más emblemático de esta aspiración que el proyecto del Parque del Oeste. En la prensa, la polémica en torno a este proyecto se desató de inmediato, con una argumentación acerca del sentido y la oportunidad de hacer un parque en momentos en que, según la evaluación del periódico opositor, eran prioritario realizar obras de salubridad e higiene de la ciudad.

Los capítulos V y VI están enteramente dedicados a desbrozar esta polémica, tomando como ejes, por un lado, el higienismo finisecular y el nacimiento de "la ciudad bosque" y por otro lado, el Parque del Oeste, desde sus orígenes hasta el momento que adquiere su actual denominación de Parque General San Martín. En ambos capítulos se pone de manifiesto, a nuestro juicio, el mayor despliegue analítico y el más minucioso trabajo de desmontaje de los estereotipos y de los mitos con que se fue entretejiendo en la representación colectiva el nacimiento de la ciudad moderna. No profundizaremos en la descripción de estos capítulos, pues creemos que vale la pena dejar la inquietud de su lectura. Sobre esto diremos simplemente, con la intención de despertar el interés del lector, que el disparador del programa higienista fue el censo nacional

realizado en 1895, una década después del arribo del ferrocarril-otro símbolo emblemático de la modernidad-y junto con él, la llegada de los inmigrantes. Dicho censo arrojó, como era previsible, el mayor pico de densidad urbana y reveló la carencia de una infraestructura preparada para que la ciudad albergara en condiciones decorosas a todos sus habitantes. El diagnóstico sanitario realizado por Emilio Coni y la puesta en marcha de la higienización desató la polémica que alcanzó el momento más álgido, en lo que a la lucha de las representaciones colectivas se refiere, con la enardecida discusión acerca de la erradicación de los álamos carolinios.

Otro tanto sucede con el proyectado Parque del Oeste y las vicisitudes de su concreción. La realización de dicho parque es considerada por Ponte como el momento culminante de la "puesta en escena" política de la modernidad, de la mano de Emilio Civit. Al punto que en el *Album de Homenaje* de 1909, se pone en boca de un "amable cicerone" la siguiente frase: "Mientras Mendoza tenga su parque, Civit tendrá su prestigio". La propuesta de una alternativa paisajística como la del Parque del Oeste fue lanzada en un momento -1896- en que el cuadro sanitario y ambiental de la ciudad era particularmente crítico. La prensa opositora reclamaba la instalación de cloacas y la extensión de la red de agua potable a los sectores populares localizados en la *ciudad vieja*. Esto provocó algunos rodeos para hacerse de los terrenos necesarios para la realización del Parque, "ya que las tierras que parecía que iban a ser para localizar la nueva cárcel penitenciaria y sus *bosques aledaños* terminaron siendo -dice Ponte- sólo para el parque, que de aledaño pasó a ser principal" (p. 295).

Otro capítulo que resulta, según creemos, particularmente interesante para conocer e interpretar las transformaciones en lo que hace a las prácticas y costumbres de la época, muchas de las cuales perduran todavía, es el dedicado a "Los nuevos valores y prácticas sociales en la construcción de la urbanidad moderna". Apoyado en abundante documentación, Ponte conduce la reflexión a través de las prácticas modernistas que se van instalando en la sociedad a partir de la llegada del ferrocarril. Desde la forma de hacer los negocios hasta la manera de ejercer el control social y valorar las formas de vida de los *otros*: el inmigrante, la prostituta, el desempleado, el pobre. La descripción y la reflexión sobre estos temas se ve enriquecida por la incorporación

del punto de vista del extranjero, tal es el caso del Informe de Bialet Massé sobre el estado de la clase trabajadora en el interior de la República, y el de las vistas cinematográficas tomadas por un profesor italiano de nombre Ferrari, que al filmar a los niños que realizaban el trabajo de regado de las calles públicas, desenmascaró la representación social vigente y motivó la reacción contraria tanto del oficialismo como de la prensa opositora; la cual, alarmada por "lo que dirá el mundo civilizado de esta barbarie mendocina", insta al municipio a destruir la película, sin hacerse cargo de la situación de la niñez desvalida.

En la Mendoza de fines del siglo XIX y principios del XX - concluye Ponte- la elite dirigente puso en marcha un operativo de legitimación de sí misma cuyo discurso estaba asentado fundamentalmente en el accionar urbano, con la obra del Parque Público del Oeste como emblema. Este proceso de legitimación "puede considerarse como un caso exitoso y como tal debe ser asumido", a ello se debe la posterior aparición y circulación de verdaderos mitos. Uno de ellos es el haber elevado la figura de Emilio Civit a la de un héroe cuya hazaña habría sido *fundar la Mendoza moderna*. Tal mito ha sido construido sobre una sola fuente historiográfica: la versión que Civit dejó escrita sobre estos hechos. A tal punto resultó exitosa que hasta los antiguos opositores difunden hoy esa versión del surgimiento de la Mendoza moderna.

"Decía *Los Andes*, en aquella época, que Emilio Civit nunca contestaba las acusaciones que se le hacían porque confiaba en la fragilidad de la memoria social. No se equivocó Civit utilizando esta estrategia -señala Ponte- ya que la versión Civit, paradójicamente, no sólo terminó siendo cierta para todos los demás sino incluso para el mismo diario *Los Andes*, el tradicional opositor".

La actitud, asumida por Ricardo Ponte, de desmontar algunos supuestos del presente interrogando al pasado a fin de explicar el mismo presente, es un hábito, hoy por hoy, poco frecuentado, tal vez como consecuencia de la misma modernidad que logró imponer el culto por lo efímero y fragmentario. Para contrarrestar esta carencia vale la pena visitar y detenerse en las páginas del libro que estamos presentando.

*Adriana Arpini*